



Vida Local

LAS CUEVAS DE GUADIX: UN HABITAT Y UN PAISAJE

por Fernando Parra

«Es, para hablar con propiedad, una ciudad dentro de la ciudad, con una población que tiene costumbres y lengua particulares. Ibamos a decir también casas diferentes, pero aunque esta muy poblado carece de casas. Las faldas de las colinas están socavadas por infinitos agujeros o grutas que les sirven de viviendas.»

(Barón Charles Davillier. Viaje por España; 1862.)

Introducción: un mundo ignorado

Hace 2.000 años, y merced a los textos griegos —Strabon principalmente—, la Bética era el territorio mejor conocido de la Península Ibérica. El otro extremo lo constituía la «Terra Incognita» de nuestro Noroeste gallego. De ese modo Strabon dio una visión valiosísima del Sur y su Geographika ha sido principal y fecundo cazadero de los eruditos en busca de citas remotas. Hoy en día paradójicamente no podemos decir otro tanto y aunque Andalucía ha seguido siendo nuestra región más divulgada, más visitada, más «exportada» y editada en colecciones de viajes, dos factores han hecho que parejamente no sea, ni de lejos, bien conocida, sino todo lo contrario. De una parte le ha caído el Sambenito de recibir la mayor carga de tópicos y slogans turísticos del país.

Esta imagen tópica y típica, a la que no están ajenos nuestros departamentos administrativos, no hace sino entorpecer su verdadero conocimiento. Se ha llegado a extremos como el de modificar convenientemente la tradicional bata de cola por un diseño más «convinciente» hasta hacerla irreconocible; y que decir de la música popular... Donde debía existir tesis, hay folletos a tres tintas; donde análisis social, etiqueta «typical». De otro lado —y que no cunda el pánico—, numerosos viajeros nacionales y, sobre todo, extranjeros más animados por fervores románticos, que provistos de objetividad dieron una imagen desvirtuada y poco aportadora, copiándose unos a otros y «viajando» cómodamente desde el sillón de su biblioteca. Ya va siendo hora de que cesen en su intento de encontrar en España un Oriente ase- quible.

Así pues en este otro mundo, sueño superficial de nuestros turistas de ahora, de los rubios viajeros románticos de entonces, variado, complejo, riquísimo en matices, y también demasiado exportado y responsable de la superficial imagen de toda una heterogénea nación o conjunto de naciones, viene a ser insospechadamente difícil descubrir lo auténtico, lapidado por el temible montaje; pero, sin embargo... Uno de esos «sin embargos» es Guadix, vergonzante y marginada de las rutas turísticas.

La lectura de uno de los escasos libros sinceros y objetivos, y con información de primera mano, sobre Andalucía, «Al Sur de Granada» de Gerard Brenan me decidí, hace ya algunos años, a realizar un viaje a las Alpujarras. En teoría me debía haber limitado a esta bellísima comarca, pero una breve escapada a la otra vertiente de

Sierra Nevada me dio ocasión de visitar la árida altiplanicie que separa ésta de las cordilleras Sub-béticas; lo que se ha dado en llamar Surco Intrabético o Depresión Penibética. Depresión relativa a las altas formaciones que al Sur y al Norte la limitan. Esta altiplanicie está surcada por una serie mal definida de hoyas desde la de la Vega de Granada a la de Baza. Guadix se encuentra en un punto intermedio a 915 metros de altitud.

La villa de Guadix, situada en el centro de este estepario altiplano, es uno de los más antiguos asentamientos humanos de la Península, debido a su privilegiada y oportuna localización en una vieja zona de paso donde confluyen diversas vías naturales; por un lado el Surco Intrabético, comunica el Levante español con el Valle del Guadalquivir y, por otro, aquí cruza el camino más antiguo de Levante o la costa de Almería, a la Meseta Central. Este carácter viario es, sin duda, el responsable de la antigüedad del asentamiento que se remonta desde el Paleolítico. Cuando llegaron los romanos denominaron a esta región Acci, que luego pasó a la accitania del Medioevo, y dado que la población autóctona estaba dispersa a lo largo del río, fueron concentrados por aquéllos. Allí comenzó la historia de Guadix como urbe.

El medio y el hombre

Esta región es todo lo contrario de un oasis lujuriente. Una rala estepa, con matas raquílicas diseminadas, es un pobre paisaje vegetal, que no compite ni oculta la magnificencia de la geología de zona. Merced a la acción destructora del hombre, la geología destaca en primer plano. Ese paisaje alucinante, es resultado de una tendencia morfológica: la blandura del terreno, y de una preparación o laboreo humano: la deforestación. Es ya vieja, y dada por resuelta, la polémica sobre el origen de las estepas en España. Según Huguet del Villar (15) la acción del hombre como destructor de la cobertura vegetal autóctona, sería la causa primordial y hasta exclusiva de esta formación ibérica, o al menos de su expansión actual. Sin embargo, otros autores (16) han visto posible la existencia de una estepa Climax como única posibilidad ante las condiciones de aridez de las zonas entre Guadix y Baza, con largos veranos cálidos y secos

y menos de 400 mm. de precipitación anual. Se trata de un semidesierto, de esparto o atocha (*Stipa tenacissima*): el atochar, con plantas que alcanza, a veces, la altura de un hombre, y de albardín (*Lygeum spartum*), un esparto basto más rastrero y disperso. Los tomillos, el romero, la artemisa y otros elementos mediterráneos completan una rala asociación de plantas anuales.

Encuadrándose su clima en la categoría de mediterráneo continental, es, sin duda, el más árido de España. Su continentalidad se manifiesta por la gran amplitud térmica y la importancia de las heladas; la escasez pluvial y la extrema sequedad estival son, en cambio, características mediterráneas. Su altura —no deja de ser engañoso el término de depresión—, y ese estar rodeado, acosado podríamos decir, de montañas (S.^a Nevada, Baza, S.^a de Mencil y Harana) que limitan casi a tope el influjo marítimo, son los responsables de la continentalidad extrema: veranos rigurosos y cortos, inviernos fríos y largos que producen una amplitud térmica superior a los 20.º C. La sequedad subdesértica —alrededor de 400 mm.—, muy irregular pluviométricamente (160 mm. un año y más de 500 otros), provoca regímenes torrenciales. En suma: condiciones horrendas para la agricultura.

No obstante, Fernando Colón, en su «Descripción y cosmografía de España» (tomo III, pág. 38) afirma que «pinos y encinares lo cubren todo desde Granada hasta Guadix». El catastro del Marqués de la Ensenada señalaba en 1752 la existencia de 850 fanegas de bosque con 4.700 encinas y 80.000 pinos sólo en el municipio de Guadix. En el pasado siglo, las grandes roturaciones destruyeron estos bosques que cubrían la meseta acutina y de los que hoy sólo quedan aisladas y contadísimas encinas. Así pues, la estepa es netamente antropógena. El clima sólo permite cultivos de secano y el barbecho ocupa de la mitad a las tres cuartas partes de los extensos y escasamente productivos latifundios. Existen unas 20.000 hectáreas de esparto cada vez menos cotizado; por su parte la pobreza de los pastos sólo consiente una pobre ganadería de oveja «churra» y de eclécticas cabras. Y a pesar de todo son tierras edáficamente ricas, siendo el clima el responsable de la pobreza de recursos; así lo evidencian las

vegas. En seguida se hecha en falta, en una zona de tan alta insolación, la ausencia de vides; la razón están en la terrible plaga de filoxera de 1890. Igualmente han desaparecido los cultivos de moreras que introdujeron los árabes. Hoy en día, las mejores tierras las ocupan rutinarios y monocromos campos de remolachas. El hombre parece maldecido en estos ariscos terrenos.

Aunque Guadix es hoy un habitat agrupado, no siempre fue así. Primero fue un asentamiento disperso, a orillas del Fardes y sus afluentes. En tiempos romanos, se concentró con el establecimiento de una colonia, curiosamente destinada para legionarios jubilados. Con los árabes adquirió entidad de urbe, llegando a competir con la mismísima Granada, como cabeza de pequeño reino moro (Boaddil el chico en Granada, el Zagal en Guadix) y más tarde capital de Coregimiento y del Obispado. Tras la conquista napoleónica, comienza su declive que no ha cesado hasta nuestros días; lo cual no impide que aumente la población entre 1936 y 1950, aunque a partir de esa fecha comienza a sentirse los efectos de la gran depresión socioeconómica que se origina en el campo. La falta de puestos de trabajo en toda la comarca, fuerza la emigración, quedando Guadix con 20.000 habitantes. Hoy, como tantos otros rincones de España, vive envuelta en el sopor de su pasado esplendor; esto es: su importancia no se la da su agricultura, ni su hierro, ni sus vinos, ni su curiosa alfarería, sino sus antecedentes históricos.

Jean Sermet, en su libro: «La España del Sur», expresaba su maravilla afirmando: «Guadix es probablemente el rincón más pintoresco y romántico de España... no se puede describirlo, hay que verlo». Otro enamorado de la comarca, Rodríguez Pastor, escribe: «Es el único paisaje del mundo que enseña los dientes; la embestida del paisaje es tal, que impide todo acomodo». Quizás sea ese carácter inhóspito del paisaje, el origen de la leyenda negra accitana, a la que han contribuido los propios del lugar, como Pedro Antonio de Alarcón. El paisaje, en su irrenunciable lucha con el hombre, consigue situar sus cerros, como avanzadillas para el asalto definitivo, en las entrañas mismas de la urbe. Ibn Aljalib en la Edad Media, nos deja una



visión hosca de sus gentes. El Barón Davililer destaca, frente a la belleza de las mujeres, la imagen sombría de sus hombres o Tonsed, impresionadísimo con la habilidad de las navajas en las luchas cuerpo a cuerpo. Asenjo Sedano, cronista de la villa, la describe: «Una ciudad de millones de perros, de millones de curas, con la casi única ley de las campanas, para la guerra, para acostarse, para levantarse, para las bodas». Así es esta ciudad bicéfala, Obispo-Corregidor. Maridaje del hombre con la arcilla.

La urbe y las cuevas

Es evidente que un paisaje de tamaño personalidad, va a condicionar decisivamente a los habitantes, forzándolos a la construcción de un tipo particular de vivienda: la cueva, de indudables ventajas, que condiciona esa otra complejidad social y humana; influyendo no sólo el quehacer artístico de estos estamentos modestos, los trogloditas, sino en la actitud y actividad de esa otra mitad irreconciliable de la ciudad: las casas. Quizás el ser cavernícola sea la última e íntima reconciliación del paisaje con su agresor.

Guadix creció a partir de un centro esencial: la colina sagrada donde se asentó la Acei romana, ocupando los barrancos y vados que la rodean y las colinas, réplicas de la central; constituyendo ese arco Este-Sur-Oeste de planificación aparentemente anárquica. El arco simétrico Este-Norte-Oeste delimita la vega y en su medio el río, casi lamiendo la ciudad, si lamer no fuera eufemismo excesivo para un cauce seco, salvo en los escasos y esporádicos aportes de las tormentas equinocciales, Guadix es pues una realidad dual, casa-cueva, y los arrabales, esto es los barrios exteriores a la muralla de la ciudadela, vienen a ser como la tierra de nadie, que no transición, entre ambas concepciones.

La singularidad de Guadix, más que en el conjunto estrictamente urbano, reside en ese arco que la abraza y la excede como un campamento militar y bárbaro, puesto frente a ella, con una mentalidad y unas metas distintas y cierta tendencia a presionarse, a vencerse mutuamente; y es ese habitat particular y extenso, las cuevas, el que constituye un fenómeno urbanístico único. Las viviendas, excavadas en los

montículos, no hacen perder al paisaje su condición de natural, antes al contrario, lo realzan. Las chimeneas, a veces únicas delatorias de la vivienda, sobresalen solitarias o agrupadas, a distintas alturas, formando un conjunto de características irreales.

Desde luego su integridad y su autenticidad, que denuncia quizás, al margen de otras consideraciones, un fuerte atavismo troglodítico, es mucho mayor que esa vecina prostituta del Sacromonte granadino, vendida a su propia imagen de zambras y tortillas, y mucho más importante en extensión. Las cuevas albergan hasta un 60 % de los accitanos, de las clases, naturalmente, más modestas y no constituyen un único sector, como afirman ciertas guías turísticas, sino que a lo largo del arco aludido, se distribuyen diversos barrios con enorme complejidad extensión y recovecos. Los últimos movimientos migratorios han influido, como era de esperar, en las cuevas, destacando una población envejecida y decreciente. Hubo, ¡como no! fuertes presiones políticas para «de cualquier forma, conseguir la desaparición de este habitat y su sustitución por casas en los mismos o inmediatos emplazamientos». A este tipo de gestiones el habitante afectado responde con actitudes poco ilusionadas o francamente escépticas. Personalmente pude comprobar el orgullo y estimación que sienten por sus viviendas trogloditas estas gentes, cotejando y razonando su confort con el de las vecinas casas. Reyes Prosper, a principios de siglo, también alude a lo mismo (16) «Hacen apología de sus viviendas y algunos, cuando se les proporcionó casa, tras una terrible inundación, la vendieron y regresaron a sus amadas cuevas». Cita que sobre alguna cueva de Guadix vio escudo nobiliario (16) y que incluso las había de dos pisos con huertecita o jardín, una cuadra para las caballerías, un cobertizo para los carros y un acabado muy complejo. Un cierto porcentaje, más bien reciente, ocupa las peores, a veces simples agujeros, y más marginales, siendo en su mayoría gitanos.

Su origen, como conjunto, se localiza en el siglo XVI, e incluso antes, a caballo entre la conquista cristiana de Granada y la expulsión de los moriscos en tiempos de Felipe II. Su máximo de extensión y demografía, se sitúa

en 1950 y luego desciente. Las cuevas es barrio de artesanos, del barro, claro está, pero también del cobre y del hierro, de la forja, del esparto y las pieles, y esto da una pista de su origen. A partir de la Reconquista de los Reyes Católicos, es desplazada la población musulmana autóctona de la Medina a los Arrabales y más tarde de éstos a las zonas periféricas; a consecuencia de su expulsión, en 1568, de su subsiguiente discreto regreso, van ocupando y creando las cuevas. Todo ello mezclado con asentamientos minoritarios de gitanos, procedentes de trabajos auxiliares de las tropas invasoras castellanas.

Las cuevas no fueron pues conocidas bajo el dominio musulmán y arrancan, en la primera mitad del siglo XVI, de dos núcleos fundamentales: el cerro de San Marcos y la fuente de Maese Pedro. El siglo XVII asiste a su crecimiento y a la progresiva marginación por parte de los habitantes de las casas. Y ya en el siglo XVIII, se les empieza a reconocer su carácter integrador de la unidad accitana; de repente, obispos y párrocos se acuerdan de su existencia y empiezan a sentir interés o preocupación por ellas. Durante los siglos XIX y XX persiste este dualismo, con carácter de enfrentamiento abierto en este último. La migración de 1950 afecta más a los habitantes de las cuevas que a los de las casas.

Las cuevas de esta comarca (las de Benalúa junto al ferrocarril y las de Purullena, a ambos lados de la carretera a Granada) se excavan o «pican» aprovechando la blanda naturaleza de los terrenos que componen la serie de colinas que acosan en círculo a Guadix. Primero se aplica un plano vertical al cerro y una vez obtenido, se cava una galería en sentido horizontal, con ramificaciones interiores adecuadas a los diversos servicios a cumplir. La salida de humos de la cocina, normalmente la primera pieza, se hace perforando verticalmente el cerro y se dispone una blanca chimenea con argamasa y enalada después. Todas las colinas lucen esas blancas apariciones como mudos delatores de la vida que se oculta.

A las cuevas se accede por una simple cortina, o más frecuentemente por una tosca puerta de madera dividida, por lo común, en dos partes a fin de



que sirva la superior de ventana. Lo normal, en la cueva promedio, es que no exceda de tres habitaciones de tamaño reducido, aparte de un par de pequeños huecos como cuadra y gallinero o almacén auxiliar. Son excepciones las de más dependencias o las de dos pisos; las hay, sin embargo, hasta con balcones en la planta superior, normalmente por adquisición de la vivienda vecina y ulterior comunicación. Dada la densa ocupación del suelo predominan las construidas en profundidad. Las piezas se excavan en rosario una detrás de la otra, perpendicular al cerro, de forma que la primera sirve de acceso a la segunda, etcétera. A veces hay una dispersión en abanico, ya que la primera habitación genera otra por tangenciales. Si se aproximan, de ese modo al cerro, aprovechan para practicar ventanas. Los techos son en forma de bóveda o cúpula.

Las cuevas, para compensar los desastres de las lluvias torrenciales, se van reforzando con argamasa y obras de fábrica, se las provee de aleros, son enjalbegadas al exterior. A veces, de forma progresiva, se va creando un pequeño anteedificio de mampostería que hace de cocina y da entrada a la verdadera cueva posterior. Hay, si se me permite la palabra, una progresiva «clasificación». Encontramos así conjuntos mixtos de viviendas parcialmente perforadas en la roca y parcialmente construidas sobre el terreno con materiales tradicionales; viviendas encaladas que parecen empotrarse en la montaña o protuberancias naturales que semejan engullir a aquéllas.

La aparente falta de planificación viaria es sólo eso, aparente. La primera es esa elemental de cañadas y barrancos; los tajos de los ríos de fuerte pendiente permite la penetración diversa en una serie de niveles, superpuestos a diferentes alturas. Se eligen de preferencia las vertientes orientadas al mediodía, pero dado que la insolación estival es muy grande, se escogen barrancos que, a su vez, cruzan los tajos meridionales para conseguir orientaciones Sureste o Suroeste, con lo que gozan de los beneficios de las solanas sin sus inconvenientes y allí se amontonan, en ciertos barrancos, dejando entre medias, ahora explicables, espacios vacíos. Las cuevas se alinean a uno y otro lado de esas vías, o más frecuentemente, suelen agruparse de dos en

dos o de tres en tres en una rotonda o placeta, en la que desembocan todas las puertas y en la que frecuentemente existe una fuente. La puerta suele ser, junto a la chimenea el único hueco al exterior, salvo que una habitación tangencial provea, por medio de una ventana, de luz exterior. Las fachadas blanqueadas suelen destacar sobre los ocres y rojos de la tierra y están rodeadas de una armoniosa vegetación xerofítica doméstica de chumberas, pitas y palmitos.

Como ya se indicó, recientemente ha surgido un tipo misérrimo de cueva que es un simple agujero sin encalar donde se amontonan, en la única estancia, ganado y familia; en este caso se trata más de un problema de suburbio, de un fenómeno urbano de espera.

Posteriormente, jamás como núcleo inicial aglutinante, se establecen las parroquias, así la ermita «nueva», inmortalizada por el accitano Pedro Antonio de Alarcón, en el «niño de la bola», donde tenían lugar los famosos bailes de la rifa, excavada como cueva y ampliada por mampostería. Tiene su réplica en una segunda iglesia posterior que constituye un raro ejemplo de adaptación al paisaje, ya que el arquitecto conjugó la funcionalidad con la policromía de la tierra, lo quebradizo del paisaje y la heterogeneidad de los niveles jugando un acertado papel los sobrios motivos ornamentales.

Los conjuntos de cerros horadados son plásticamente armoniosos y con un movimiento ondulante que continúa las pendientes naturales.

Las primeras cuevas de la zona citadas en la literatura son las de Granada en una Real Provisión de Carlos V en 1532 «en la que para evitar sigan molestando a los moriscos entre los que se habían establecido, se les ordena que tomen oficios conocidos y se avencinen donde quieran o bien abandonen sus reinos». Sin embargo, no existe excesiva documentación sobre el tema, ya que los autores españoles, ciegos ante su propio pintoresquismo, las omitían por considerarlas capítulo vergonzoso; en cambio muchos extranjeros desde Washinton Irving hasta Richard Ford o Devillier las citan y describen.

Una de las ventajas de la cueva, a parte de su economía, es su excelente homeostasis térmica: en verano son frescas y en invierno y por las noches

cálidas, ya que la tierra, mala conductora del calor, se enfría o se calienta más lentamente que el aire circundante. Algunas disponen de luz eléctrica casi ninguna de agua corriente, que suele ser comunal y localizada estratégicamente para cumplir además del papel de preciado avituallamiento, y el no menos importante, de centro de contacto social.

En conjunto es un habita) que se amolda a la disciplina del terreno y la orientación, prescinde de la iglesia y de su torre para aglutinarse, siendo posteriormente las ermitas las que intentan su reconquista.

El trogloditismo en España y en el Mundo

Seguiremos esencialmente en este apartado las ideas de Otto Jassen (8). En Europa Central no existen prácticamente viviendas de este género o bien sólo se utilizan como emergencia (refugio en tiempo de guerra), establos, bodegas, despensas o trasteros; de modo que para la mayoría de Europa este habitat es sólo un recuerdo proto o prehistórico pero no un hecho vivo y actual.

En Francia, sin embargo, este tipo de vivienda no es inusitado; por ejemplo, son conocidas las del Valle de Ourq (las llamadas boves) y las de la región del Loire en los alrededores de Tours. Pero es en la Europa meridional donde más abundan. En Italia son poco frecuentes por no existir propiamente estepas ni terrenos favorables. En la Península Balcánica incluida Grecia y en Sicilia existen algunas, pero es en España donde más abundan; eso sí, limitadas a paisajes secos, a regiones esteparias y a zonas de depósitos terciarios y cuaternarios apropiados; en un gradiente de abundancia progresiva NW SE que coincide sensiblemente con el de aridez.

Por lo general forman grupos en la periferia de pueblos y ciudades no constando ninguna localidad integrada sólo por cuevas, aunque pueden formar barrios de entidad superior a la parte edificada.

Repasando brevemente la Península Ibérica, y excluyendo cavernas naturales y saledizos rocosos, usados como provisional refugio por pastores en las cadenas montañosas, encontramos este tipo de habitat en el Valle del Ebro,



Las malas tierras (badlands) de los cerros de la «formación Guadix» están constituidas por una roca blanda y areniscosa y con particulares cualidades que la hacen especialmente idónea para la excavación de cuevas.



Guadix, en palabras de un poeta local es «el único paisaje del mundo que enseña los dientes». Desde el laberinto de cerros, cañadas y pasos del barrio de cuevas, esta amplia vista, en la que se incluye la «ciudad urbana» al fondo, permite una comparación entre ambos habitats.



Una vista apuntada en sentido inverso permite ver surgir los cerros sobre la alta llanura de Guadix con los contrafuertes de Sierra Nevada al fondo.



Solo las altas perspectivas de las cimas permiten al forastero desentrañar el laberinto de calles o caminos, vaguadas o plazas.



¿Calles o cañadas? La peculiar forma de vida de los trogloditas permite sacar a pastar a las cabras... a la acera de enfrente.



Varias generaciones humanas conviven con sus numerosos animales domésticos. Algunas viviendas poseen cuevas-cuadras anejas para sus bestias.



Aquí las cuevas no son habitáculos transitorios sino auténticos habitats con toda una infraestructura comunitaria sorprendente.



En las umbrías cuevas cuya única fuente de luz natural suele ser, tan sólo, las rendijas de la chimenea no hay sitio para los tendedores.



También hay plazas y rotondas.



Guadix no se revela al viajero apresurado; requiere en cambio sucesivas y paulatinas aproximaciones formalizadas por estos dos fotos, que de paso ayudan a situar el habitat en su contexto.



desde Lodosa a Jukisbol y más arriba de Zaragoza; en la región del Jalón, en Salillas y Rida y en las tierras altas próximas a Calatayud, y en el término de Ariza. Escasas son en San Feliú de Llobregat y más abundantes en la región valenciana: Beninamet, Godella, etcétera. En Castilla la Vieja las hay en Tierra de Campos, al Norte de Valladolid, en Tabariego, cerca de Quintanar de Gormaz y en los alrededores de Salamanca. En el Sistema Central, al Sureste de la Sierra de Gata, en las Hurdes. En Castilla la Nueva, ya de antiguo rica en viviendas subterráneas, la sequedad del clima, la extremosidad térmica y la existencia numerosa de estratos tendidos de margas y yesos, hace que sean frecuentes. En la región del Tajo, Jarama y sus afluentes, por ejemplo, en localidades tan próximas a Madrid como Morata y Perales del Tajuña excavadas en yeso, en Tarancón y en la provincia de Guadalajara. En la Mancha existe el barrio de cuevas de Villacañas (Toledo), con 600 excavaciones en el llano, de modo que sólo los respiraderos y las vallas de tierra aprisionada las denuncian, al blanquear a lo lejos, limpias, enjalbegas y sin ningún síntoma de retraso cultural. También en Quero, Chinchilla, Albacete, Campo de Criptana... Pero donde más abundan es en las duras

estepas de Sureste: Almería y Granada, donde habitan bajo tierra millares de personas y múltiples toponimias así lo revelan. En la estepa de Jaén, asimilable a la anterior, Jabalquinto, Begijar, Lópera. En el Bajo Guadalquivir, Alcalá de Guadaíra, Coria del Río, Huelva y Lebrija.

La impresión general es que en España, el trogloditismo no es algo excepcional, sino frecuente y definidor de las regiones áridas o semiáridas.

En África del Norte son, por supuesto, abundantes. Incluso hay quien dictamina que el nombre del continente deriva de «afri» = cueva, derivado a su vez del bereber «effer» = esconderse; de modo que africano sería sinónimo de troglodita. Pero al igual que en Europa, se disponen en determinadas comarcas favorables, climática y geológicamente. En Marruecos cada vez escasean más. Más típicas son las del Sureste de Argelia y en Túnez, hasta la Tripolitania, muy bien descritas y estudiadas. Meyer las cita en Canarias, excavadas en Toba, o naturales, en lavas de la región baja del Teide.

En todas aquellas regiones del globo, de clima continental extremado, estepario o de altiplano, por fenómenos de convergencia en las estrategias de adaptación, se han construido o se

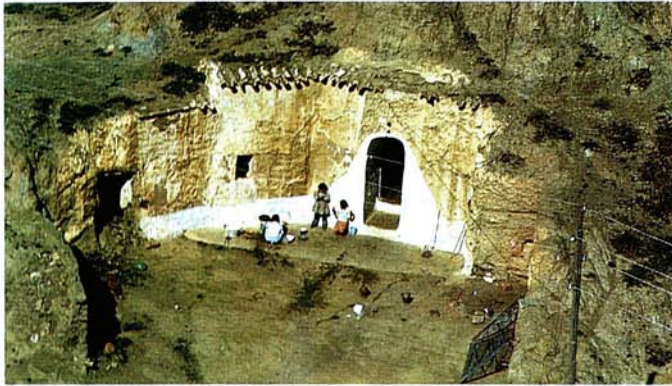
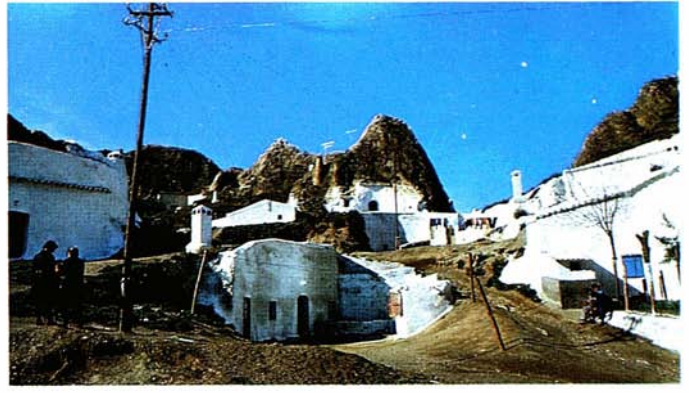
construyen cuevas. Aparecen en Palmir, en las regiones loessicas del Tibet, en las estepas de China Septentrional y en las zonas áridas de Asia Central, zona esta última clásica troglodítica, donde según Richthofen existen palacios de Loess que penetran mas de 200 pies bajo tierra, y en las que la principal motivación parece residir en la escasez de espacio por superpoblación agrícola. Así mismo en Anatolia; en el Arco del Níger; en las tierras altas del Lago Victoria; en el Sahel sursahariano. Famosas son las cuevas de los indios pueblo (cliffdwellings) excavadas en los escarpes de toba y arenisca de los cañones de la meseta del Colorado y que servían de defensa a estas tribus agrícolas frente a las incursiones de los indios nómadas dedicados a la caza y el bandidaje. Por supuesto, en las regiones secas de México y California, se siguen usando viviendas troglodíticas.

Habitar una cueva: los condicionamientos ambientales

Si superponemos un mapa de asentamiento~cavernícolas de España a otro climático y a un tercero litológico, observaremos la estrecha correspondencia entre los semidesiertos y las estepas con materiales terciarios y cuaternarios. La dependencia de las con-



Los ocre de la geología y los blancos de la cal en pugna continua con el único contraste del paisaje.



Pero la cal no es solo elemento de ornato sino que cumple un papel protector y aglomerador de las fachadas que cobran así un aspecto más de «casa». A veces unas pocas tejas sobre el dintel ayudan a reforzar esa impresión. (ver también la 20).



En otros casos la cueva se prolonga decididamente y de zaguán inicial puede surgir otra habitación exterior. pero el total de la vivienda se extiende más adentro en la roca a la que aparentemente solo esta adosada.

diciones naturales —ecológicas—, de clima y de la constitución del suelo, es altísima de modo que el arte de construir cuevas proviene y se mantiene en ciertas comarcas semiáridas.

Las ventajas respecto al clima, son la atenuación de los excesos de frío y calor y la protección contra los vientos y el polvo. Las regiones secas de carácter continental tienen estos inconvenientes separados o todos juntos. El factor primordial es la defensa del calor extremado aunque no está claro que en España sea eso; los inviernos del Sureste no son precisamente suaves, ni es explicable la orientación de la solana. Las de Castilla la Nueva, que Schulten cita orientadas al Norte, no demuestran un mayor temor al calor, sino su exclusiva ocupación estival.

Los suelos precisan la doble cualidad de fácilmente trabajables y a la vez compactos; la existencia de una capa superficial cobertera y compacta más densa, por ejemplo costrificaciones calcáreas, es sumamente favorable. También se requiere un nivel freático profundo. Las areniscas blandas, las margas con estratos intermedios duros, las rocas cretácicas, las tobas de agua dulce y las volcánicas, los loess y las arcillas son los mejores.

Por otra parte, la escasa vegetación enrarece la disponibilidad de madera

a la que, sin duda, se une la escasez de otros materiales de construcción como la piedra, la arcilla y la cal; siendo también factores determinantes, aunque no tan decisivos como los primeramente enumerados.

Un tercer factor más importante en otros tiempos, es la protección contra enemigos o el camuflaje; a este respecto es de señalar la curiosa disposición de los accesos de algunas cuevas que sólo permiten el paso de una persona a la vez y obligándola a encorvarse o adoptar posturas de indefensión. En ciertas zonas mediterráneas los perseguidos a veces no son individuos sino colectivos enteros: recordemos a los moriscos españoles por ejemplo.

«Y debido a que la mano de los medianitas era muy fuerte sobre Israel, los hijos de Israel se hicieron para sí grutas en las montañas y cuevas y fortalezas»

(Jueces 6-9)

Concretando lo sabido hasta ahora, podemos resumir que las viviendas troglodita~:

— Constituyen una forma de habitación adaptada a un medio ambiente concreto y hostil.

— Son propias de pueblos sedentarios (con excepción del uso periódico de pastores).

— Son excavaciones en el suelo co-

mo viviendas en fosa o con acceso en galería en las zonas llanas o bien lateralmente en taludes, colinas y escarpes.

— Por lo general, aunque no siempre, son las clases pobres las que usan y realizan cuevas.

— No se puede considerar en masa a los trogloditas como formas culturales inferiores, habiendo todos los gradientes hasta las cuevas con gran tradición de confort.

— Entre la «casa de superficie» y la cueva hay muchas formas intermedias.

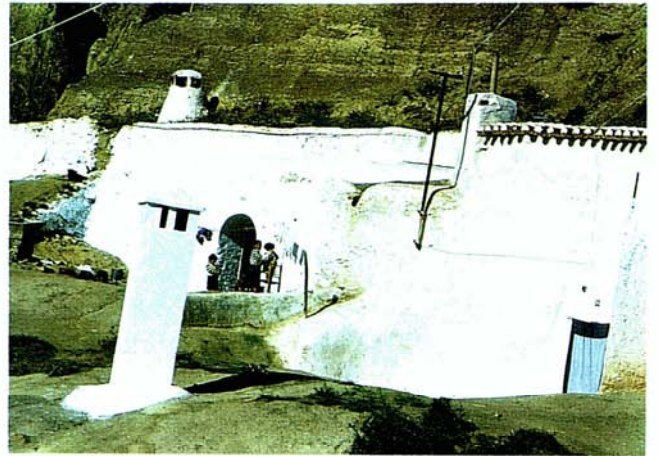
— En general se enfrentan, y no se integran dos enfoques diferentes entre los habitantes de casas y de cuevas.

Resumen sobre Guadix

El trogloditismo es uno de los elementos esenciales del habitat de Andalucía Oriental y las cuevas de Guadix su ejemplo más paradigmático. Su historia se liga a la Reconquista y sobre todo a la expulsión de los moriscos, ya que es en las cuevas donde encuentran refugio los hispanomusulmanes mas o menos sinceramente convertidos, incluso después de la orden de expulsión. Algunos gitanos del servicio de las tropas de Isabel y Fernando pudieron sugerir esta posibilidad. Lo que es cierto es que no existían como elemento urbano de interés en la época musulmana. Otros autores recalcan mas



Las «calles» que enlazan unos barrancos con otros son pasos naturales o laboriosas escavaciones.

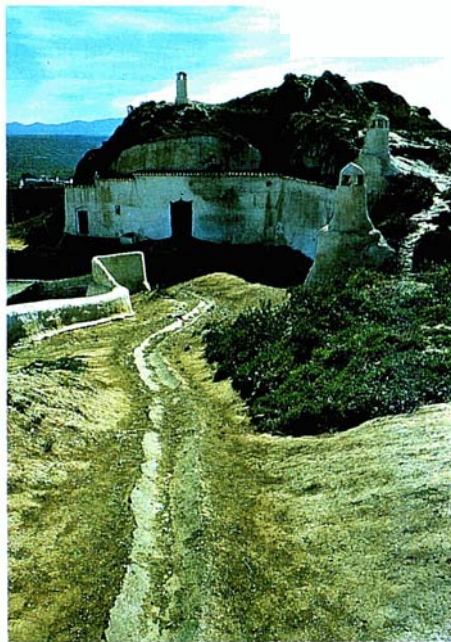


Las chimeneas cumplen simultáneamente su papel tradicional y el más insólito y básico de respiraderos; las chimeneas de los vecinos son un elemento más del adorno exterior.

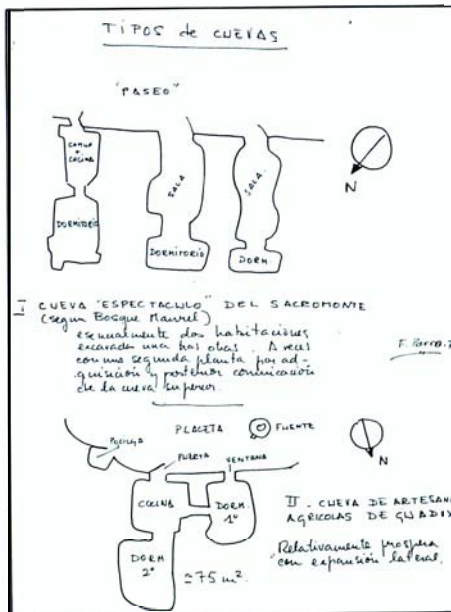
el papel de los moriscos; por razones de seguridad, el Duque de Escalona, a poco de tomar posesión de la ciudad, obliga a salir de la Medina a los mahometanos, sin respetar las cláusulas de capitulación. Al avanzar el siglo XVI, la presión de los repobladores cristianos empuja a los indígenas a la periferia; los arrabales quedan como zona exclusiva de los moriscos; no hay que olvidar que la conquista arruinó a los vencidos que no huyeron. La guerra de 1568, fue mas una expulsión teórica que real (15); solapadamente muchos moriscos se reinstalaron en lugares mas discretos y marginales. En el paso del siglo XVI al XVII, la población se hace regresiva en Guadix pero aumenta el número de cuevas. La segunda expulsión, como revelan los censos, no fue totalmente eficaz.

La cueva expresa así, desde sus comienzos, la idea de expulsión, de quedar fuera de la comunidad cristiana. enfrentada con ella; sugiriendo un claro antagonismo frente a la ciudad convencional. En 1753, según el catastro de Ensenada, hay 848, doblándose la relación mas antigua de Henriquez de Morcuera que cita 400; dando una mayor tasa de crecimiento que la ciudad edificada.

Hoy, dos siglos después, este particular y originalísimo habitat continúa inmutable en sus caracteres esenciales. Los trogloditas accitanos siguen distinguiéndose como una comunidad particular hasta el punto que, antes de la uniformización llevada a cabo por la Radio y la TV., su fonética era muy diferente. Para concluir, cabe citar la curiosa fiesta de Cascamorras: un jornalero, hombre de cueva, es atado y perseguido por la gente; quizá rememore las persecuciones inquisitoriales



Algunas calles están provistas de un rústico alcantarillado



pues el islamismo siguió prendido nada menos que hasta el siglo XVIII. La justificación actual es la de un castigo por no haber sabido reivindicar en Baza la posesión de la Virgen de la Piedad descubierta allí por un antecesor suyo. Pero tal vez sea un acontecimiento mucho mas antiguo: un holocausto de propiciación ibérico; el hombre ofrecido a las multitudes para aplacar a los dioses.

Por todo ello conviene llegar a Guadix sin prevenciones, inocentemente, por que como afirma Rodríguez Pastor «A Guadix se llega siempre prevenido contra él, porque todos saltamos a estas tierras desde la leyenda».

(1) ASEÑO SEDANO, C., Las cuevas de Guadix; sus orígenes; Cuadernos geográficos, Vol. 2, pp: 85-100, Granada 1972.

(2) ASEÑO SEDANO, C., Guadix: Guía histórica y artística, Granada 1974.

(3) ASEÑO SEDANO, C., El Guadix de Pedro Antonio de Alarcón.

(4) BOSQUE MAUREL, J., Geografía Urbana de Granada, C.S.C.I.C. Zaragoza, 1961.

(5) BOSQUE MAUREL, J., Granada; la tierra y sus hombres, CNS, Granada, 1971.

(6) BRENNAN, G., Al Sur de Granada, siglo XXI eds, Madrid-México, 1972.

(7) DEVILLERS, baron de., Viaje por España. 18

(8) JESSEN, O. Las viviendas troglodíticas en los países mediterráneos. Est. Geogr. CSIC, Madrid, vol. 58, 1955, pp: 137-156.

(9) RODRÍGUEZ PASTOR, M. El misterio de Guadix, ed. Alhori. Guadix.

(10) TERAN, M. y otros, Geografía de España y Portugal. ed. Montaner y Simón.

(11) FLORES, C. Arquitectura popular española, ed. Aguilar, Madrid. 1973.

(12) FEDUCH I, E. Itinerarios de la Arquitectura popular española, ed. Blume. Madrid, 1975.

(13) GROSSI, O. y TUERO, A. Arquitectura popular, Buenos Aires, 1977.

(14) GARCÍA BELLIDO, España y los españoles hace dos mil años según la geografía de Estrabon, Madrid, 1947.

(15) HUCUET DEL VILLAR, Geobotánica, Barcelona. 1927.